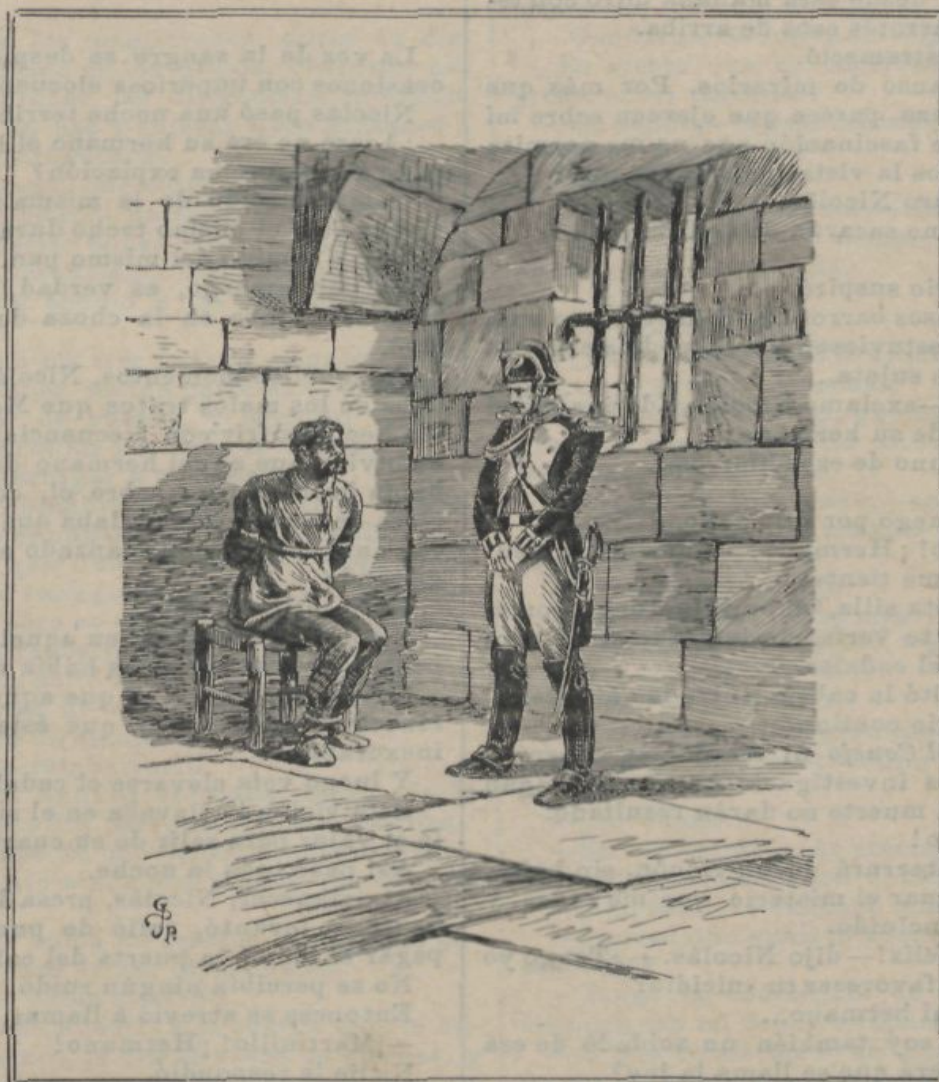


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1895 ✧ NÚMERO 59



—¡AH, HERMANO, HERMANO!—EXCLAMÓ NICOLÁS CON VOZ ENTRECORTADA POR LOS SOLLOZOS (Pág. 464)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—¿Que me equivoco?

—Sí: serás juzgado por el tribunal del jurado de este departamento con Juan *el Conejo* y con los Leloup, y todos seréis condenados juntos.

—¡Ah! ¡Pero eso es horrible! — exclamó el presidiario rompiendo en sollozos. — ¡Quedarás deshonrado, mi pobre Nicolás! La vergüenza que me cubre recaerá sobre ti.

Y el preso derramaba verdaderas lágrimas.

—¡Hágase la voluntad de Dios! — exclamó el pobre gendarme.

Pero el presidiario repuso:

—Hermano, desde esta mañana miro con tenacidad los barrotes esos de arriba.

Nicolás se estremeció.

—No me canso de mirarlos. Por más que vuelvo la cabeza, parece que ejercen sobre mí una especie de fascinación que no me permite apartar de ellos la vista. ¿Sabes por qué?

—No, — repuso Nicolás.

—¿Cuándo me sacarán de aquí?

—Mañana.

El presidiario suspiró.

—Mirando esos barrotes, — dijo, — pienso que, si mis manos estuviesen libres, podría coger la cuerda que las sujeta...

—¡Cállate! — exclamó Nicolás, adivinando el pensamiento de su hermano.

—Atarla á uno de esos hierros...

—¡Calla!

—Pasarla luego por mi cuello...

—¡Hermano! ¡Hermano! — murmuró el gendarme. — ¡No me tientes!

—Subir á esta silla, empujarla luego con el pie... y tú no te verías deshonrado al caer mi sangre sobre el cadalso.

Nicolás ocultó la cabeza entre las manos.

El presidiario continuó:

—Ni Juan *el Conejo* ni los demás saben mi nombre, y las investigaciones que se hagan después de mi muerte no darán resultado.

—¡Hermano!

—Se me enterrará en un rincón, sin haber podido averiguar el misterio que me rodea, y todo habrá concluido.

—Pero, ¡infeliz! — dijo Nicolás. — ¿Tengo yo el derecho de favorecer tu suicidio?

—Tú eres mi hermano...

—Pero ¿no soy también un soldado de esa sagrada bandera que se llama la ley?

—Y ¿no te acuerdas de nuestra madre?

—¡Oh! — exclamó Nicolás. — ¡Calla, hermano, calla!

—¿Ni de nuestra pobre hermana Marieta?

Nicolás lanzó un grito de angustia, y desde entonces el presidiario fué el único que habló.

Lloró, rogó, estuvo elocuente; invocó la memoria de su madre, repitió multitud de veces el nombre de aquella hermana á quien tanto quería Nicolás y cuyo apellido iba á resonar en las bóvedas del tribunal del Jurado.

Nicolás derramaba ardientes lágrimas y guardaba silencio.

Por fin, Martinillo, no obstante hallarse atado, logró ponerse de rodillas ante su hermano.

Pero entonces el soldado, encarnación viva de la ley, cerró su corazón á la voz que le hablaba del honor personal, del sagrado nombre de la familia.

E, irguiéndose, dijo á Martinillo:

—¡Un gendarme no transige con su deber! Adiós, hermano.

Y salió del calabozo con el rostro inundado de lágrimas, pero con la frente levantada, como conviene á un hombre que tiene la conciencia de haber cumplido con su deber.

XL

La voz de la sangre se despierta en ciertas ocasiones con imperiosa elocuencia.

Nicolás pasó una noche terrible.

¿Acaso no era su hermano el hombre condenado á la suprema expiación?

Habían nacido de la misma madre, habían vivido bajo el mismo techo durante toda su infancia y comido del mismo pan.

Un pan amargo, es verdad, y que con frecuencia faltaba en la choza del cazador furtivo.

En aquellos momentos, Nicolás no se acordaba de los malos tratos que Martinillo le había hecho sufrir con frecuencia; había echado en olvido que aquel hermano desnaturalizado había hecho fuego sobre él, como sobre una pieza de caza; no recordaba que todavía la noche anterior se había lanzado en contra suya, gritando:

—¡Necesito tu vida!

Nicolás sólo pensaba en aquel hermano arrepentido, cuyas lágrimas había visto correr.

Entonces pensaba en que aquel hombre pertenecía á la justicia, y que ésta sería para él inexorable.

Y luego veía elevarse el cadalso.

Esta visión le clavaba en el suelo, quitándole el valor para salir de su cuarto.

Así pasó toda la noche.

Al amanecer, Nicolás, presa de una ardiente fiebre, se levantó, salió de puntillas y fué á pegar el oído á la puerta del calabozo.

No se percibía ningún ruido.

Entonces se atrevió á llamar:

—¡Martinillo! ¡Hermano!

Nadie le respondió.

—¡Duerme! — pensó.

Y retiróse con los ojos llenos de lágrimas.

A las siete, los habitantes de Lanenville oyeron el redoble de un tambor.

Luego vieron llegar una brigada de gendarmes á caballo, mandada por un cuartel maes-

tre y acompañada por media compañía de infantería, con un teniente á la cabeza.

Avallon no tiene guarnición; pero el tribunal, siguiendo el parecer del juez de paz de Laneuville, había creído oportuno pedir tropa á Auxerre.

Detrás del destacamento marchaba un cabriolé, en el que iban el juez de instrucción y el procurador del rey.

La llegada de las tropas fué acogida con gritos de alegría.

Los gendarmes y los soldados hicieron alto delante del edificio de la gendarmería.

El sargento de Laneuville, cuyas heridas eran leves, se presentó á recibir al tribunal.

El médico, que había curado por la mañana á los otros dos gendarmes, les había prohibido abandonar el lecho.

Nicolás, que la víspera se hallaba tan lleno de energía, había parecido tan doliente y abatido, que le había ordenado reposo absoluto.

Nuestro amigo se guardó bien de quebrantar las órdenes del médico, pues temblaba ante la idea de volver á verse frente á su hermano.

Entretanto, los magistrados, antes de disponer el traslado de los presos, creyeron necesario comprobar las diligencias formadas por el juez de paz y sujetar á los acusados á un nuevo interrogatorio.

Juan el Conejo, que durante la noche había intentado suicidarse varias veces, y á quien había sido preciso poner centinela de vista, lo confesó todo, profiriendo mil blasfemias.

La Garduña acogió á los magistrados con injurias.

En cuanto á los tres Leloup, negaron enérgicamente haber tenido parte en el asesinato del castrador de bueyes, y echaron toda la culpa á la Garduña y á Juan el Conejo.

Faltaba interrogar á un preso.

Era éste el hombre cuyo nombre se ignoraba, así como el punto de donde procedía.

Es cierto que Juan el Conejo había dicho que aquél se vanagloriaba de ser un presidiario evadido, pero no daba ello ninguna prueba.

Los magistrados se dirigieron al calabozo.

El sargento abrió la puerta; pero de pronto lanzó un grito de sorpresa y se detuvo en el umbral, lleno de estupor.

El calabozo estaba vacío.

La silla se hallaba colocada debajo de la tronera, cuyos dos barrotes estaban limados.

A un pedazo de uno de estos barrotes estaba sólidamente atada una cuerda que colgaba al exterior.

En el suelo había un resorte de reloj que había servido para serrar los barrotes.

El preso se había evadido.

Había debido añadir, á la cuerda que le sujetaba las manos, la que le ataba las piernas, y ambas, reunidas, tenían unos veinte pies de largo, pero distaban de alcanzar al suelo de la calle.

El atrevido preso, después de haber saltado el extremo de la cuerda, debió dar un salto

terrible, y no se comprendía cómo no se había matado del golpe.

¿De qué manera había logrado desatarse?
¡Misterio!

Pero, seguramente, la operación debió haber presentado muy serias dificultades para que el presidiario hubiese intentado conmover á Nicolás y hacerle olvidar su deber.

Todo hubo de ejecutarse sin ruido, pues nada se había oído en la casa, donde, sin embargo, el sargento y los hombres de buena voluntad que se ofrecieron á custodiar á los presos habían velado toda la noche.

Y mientras todos se miraban con una especie de estupor, el juez de paz, que acompañaba á los magistrados, recordó que la víspera el preso había manifestado deseos de ver á Nicolás.

Esto fué un rayo de luz, ó, por lo menos, así se creyó.

Nicolás continuaba en su lecho, y había tomado el tumulto que acababa de producirse por la consecuencia natural de la llegada de los magistrados.

El procurador del rey se personó en su habitación.

—Gendarme Sautereau,—dijo severamente.—¿Es cierto que os encerrasteis ayer con el preso, en su calabozo?

—Sí, señor,—repuso Nicolás.

—¿Con qué objeto?

—El quería verme.

—De modo, que ¿le conocéis?

—Le conocí en otro tiempo,—repuso el gendarme con voz ahogada.

—¿Dónde?

—No puedo decirlo.

—¡Cuidado!—repuso el procurador.—Recaen sobre vos graves sospechas.

—¡Ah!—dijo Nicolás, que creyó que el desgraciado preso se habría roto la cabeza contra los muros del calabozo.

—Gendarme Sautereau,—continuó el magistrado,—medid bien el alcance de vuestras palabras.

Nicolás le miró y dijo:

—Soy soldado y no sé mentir.

—El preso se ha evadido,—prosiguió el procurador del rey.

Nicolás lanzó un grito.

—Sí,—repitió el magistrado;—el preso se ha evadido, y vuestra turbación me dice que lo sabíais.

—¡Juro que...!

—En vez de jurar, es preciso que digáis qué es lo que fuisteis á hacer al calabozo del preso.

—¡Imposible!—exclamó Nicolás.

—Pensad que vuestro silencio confirma mis sospechas.

—Tengo la conciencia de haber cumplido siempre con mi deber,—repuso el gendarme.

—Y que persistiendo en guardar silencio os hacéis acreedor á comparecer ante un Consejo de Guerra.

Nicolás bajó la cabeza y no respondió; pero dos gruesas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas.

—Gendarme Sautereau,—dijo el magistrado;—me veo en la precisión de declararos arrestado.

Nicolás se cubrió el rostro con las manos, y desde entonces se encerró en un adusto silencio.

Al mediodía partieron los presos con una buena escolta.

En cuanto á Nicolás, sus heridas habían vuelto á abrirse y no se hallaba en estado de abandonar el lecho.

Confiósele, pues, á la custodia del sargento.

Este dijo llorando:

—¡Ah! ¡Mi pobre camarada! ¿Qué es lo que has hecho?

—Dios me juzgará,—repuso Nicolás.

—La noche pasada te has hecho digno de una cruz, y ahora...

—Ahora,—dijo Nicolás,—voy á comparecer ante un Consejo de Guerra y me condenarán á cinco años de presidio.

—Pero ¿quién era ese hombre cuyo nombre no quieres decir?—exclamó el sargento.

—Oye, camarada,—respondió Nicolás.—¿Me das tu palabra de soldado de que lo que voy á decirte morirá contigo?

—Te la doy.

—Pues bien: el hombre que me llamó para despedirse de mí... ¿era mi hermano!

El sargento cogió ambas manos de Nicolás y se las estrechó silenciosamente.

Luego dijo:

—Lo comprendo todo, y te deseo que mueras en esa cama por consecuencia de tus heridas.

—¡Ay!—murmuró Nicolás.—No moriré. Estoy condenado de antemano á arrastrar el grillete. Mi raza está maldita, y pronto ó tarde debía hacerse sentir la fatalidad que ha pesado sobre mi nacimiento y mi juventud.

Quince días después, restablecido ya de sus heridas, el gendarme Nicolás Sautereau fué conducido á la prisión militar de Auxerre, donde debía esperar su comparecencia en juicio.

XLI

Era día de mercado en Auxerre, es decir, era sábado.

La gran calle de París, la del Puente, la plaza de las Fuentes, estaban llenas de una multitud que iba engrosando por momentos.

Sin embargo, era ya mediodía y las transacciones comerciales, tanto sobre cereales como sobre vinos, estaban casi por completo terminadas.

Hacía mucho frío y una húmeda niebla, último recuerdo de un rudo invierno, pues se estaba á fines de enero, época en que de ordinario se suaviza la temperatura.

A pesar del mal tiempo, los grupos estaban animados, y la muchedumbre de los aldeanos era más numerosa que habitualmente.

Notábase, sobre todo, una inusitada afluencia

de gentes con zuecos, blusa azul oscuro, corbatas rojas y sombrero de fieltro negro de anchas alas.

Eran montañeses de la Borgoña, es decir, gentes del Morván.

Sin embargo, éstos, ordinariamente, no suelen ir á Auxerre á vender ni á comprar mercancías.

Chateau-Chinon al SE., y Avallon al N., son sus dos mercados habituales.

Por lo demás, aquellas buenas gentes no habían llevado ni granos, ni ganado, ni volatería.

Muchos habían ido á pie, en dos jornadas. Otros habíanse amontonado en las carretas.

Todos manifestaban, en los diversos grupos, una ansiedad extraordinaria.

Es que no era el mercado lo que había atraído á aquella gente á Auxerre, sino una circunstancia excepcional, un doble acontecimiento que no dejaba de sobreexcitar desde hacía algunos meses el interés público.

Acababa de constituirse el tribunal del Jurado y se juzgaba en él á los asesinos de Laneuville, es decir, á los tres Leloup, *la Garduña* y Juan el Conejo, el cazador furtivo y asesino, curado ya de sus heridas.

Al mismo tiempo se había constituido el Consejo de Guerra.

Este tenía que fallar sobre un crimen sin precedente en los anales militares.

Un gendarme estaba acusado de haber faltado á su deber, favoreciendo la evasión de un preso.

Hay un proverbio que encierra una gran verdad: el que dice: *vox populi, vox Dei*.

Ciertamente, en aquel día podía decirse que el rumor popular era conforme á la justicia, era encarnación de la divinidad.

Un clamor único se levantaba junto á las puertas del tribunal.

La multitud pedía la cabeza de aquellos miserables manchados de sangre.

Un murmullo de conmiseración, un rumor que parecía una ovación, dejábase oír por los alrededores del Consejo de Guerra.

Y, á pesar de las apariencias, que parecían confirmadas por el silencio del acusado, repetía la multitud:

—¡No! ¡El gendarme no es culpable!

Una hermosa joven de diez y ocho á veinte años marchaba á través de la ola popular, diciendo con voz fresca y sonora:

—Si el gendarme hubiera estado en inteligencia con los asesinos, no se habría batido contra ellos como un león, y la prueba es que cuando le vimos volver á Laneuville estaba cubierto de sangre.

Un pastorcillo, en quien las gentes de Laneuville reconocían á Juan Blanc, había subido sobre un mojón, y refería, como testigo ocular, la sangrienta expedición á la Fringale.

Todos estos detalles excitaban las angustias y la curiosidad públicas, y sólo servían para complicar aquel enigma que nadie podía adivinar.

Un hombre que acababa de entrar en Auxerre

re por la puerta de Glainies, y cuyos vestidos llenos de polvo atestiguaban un largo viaje, trataba de abrirse paso por entre la multitud, siempre creciente, hasta la puerta del Consejo de Guerra. Era un hombre de cincuenta y cinco años, por lo menos, de aspecto militar, condecorado, con cabellos grises y blancos mostachos.

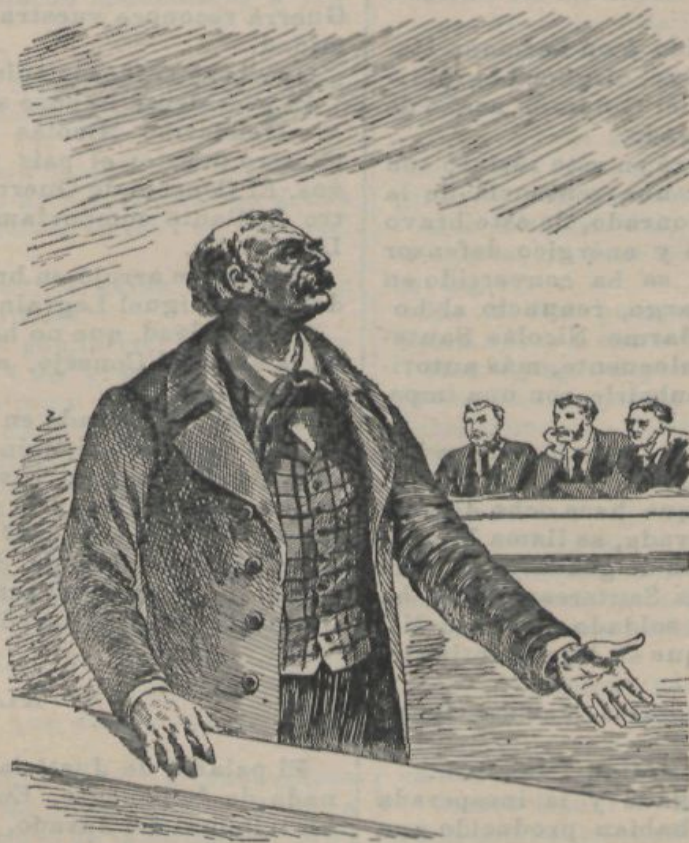
—¡Paso, hijos míos, paso!—decía con voz á la cual la emoción no quitaba toda su autoridad.

mino, llegaron á la puerta, franquearon el umbral y pasaron á la sala del Consejo.

La sesión estaba abierta y se acababa de hacer presentar al acusado.

Este, tranquilo y digno, bajaba modestamente los ojos y parecía resignado de antemano á la sentencia que iba á herirle.

Entre los testigos de descargo se hallaban el sargento de Laneuville y el gendarme Martín; luego una multitud de habitantes de Laneuville que, en pocas horas, habían podido



Habló con voz preñada de lágrimas...

Y como tenía una lágrima en un ojo y otra en el bigote, la multitud se apartaba con respeto ante él, dejándole pasar en unión de una mujer, á quien llevaba del brazo.

—¡Paso!—repetía á medida que se acercaba á la puerta.—Si queréis al gendarme, dejadme pasar.

A estas palabras, la gente se apartaba más aún y consideraba con curiosidad y emoción á aquella mujer que sollozaba y á aquel anciano á quien costaba tanto trabajo dominar su dolor.

La mujer tendría unos treinta años. Era bella, á pesar de su aflicción y de su negro traje.

Este era el de una aldeana acomodada, pero de una aldeana de las orillas del Loira, hacia Orleans.

—¡Tal vez son su padre y su hermana!—decía la multitud.

Y el anciano y la joven, continuando su ca-

apreciar el carácter leal, la bravura y el espíritu de abnegación del desgraciado Nicolás Sautereau.

Finalmente, en primera fila, el pequeño Juan Blanc, que, después de haber defendido al gendarme en la plaza pública, iba á llevar á la justicia su testimonio, seguramente el de mayor importancia entre todos.

En el banco de la defensa se hallaba un joven abogado de Auxerre, lleno de talento y de elocuencia, y que se sentía apasionado en pro de su cliente.

La justicia militar es expeditiva.

Nicolás fué interrogado.

Confesó francamente que, habiéndole hecho llamar el preso, había ido al calabozo de éste.

Cuando se le preguntó para qué, se negó á responder.

Aquella negativa era su sentencia.

Tomó entonces la palabra el comisario del Gobierno.

Este vacilaba en creer culpable á Nicolás, y le excitaba á que hablase.

Nicolás persistía en callar.

Mientras duraba la acusación, paseó una mirada distraída sobre la multitud amontonada en el estrecho recinto del Consejo.

De pronto, palideció y se cubrió el rostro con ambas manos.

Acababa de ver, sentados en el banco de la defensa, junto á su abogado, al anciano y á la joven que poco antes atravesaban apresuradamente por entre la multitud.

La joven continuaba llorando. El anciano hablaba con el abogado.

Nicolás había reconocido á su hermana Marieta y á su padre adoptivo, Miguel Legrain.

Cuando el comisario del Gobierno acabó de hablar, levantóse el abogado.

—Señores,—dijo,—entré en este recinto con la esperanza de apartar una sentencia de la cabeza de este hombre honrado, de este bravo soldado, de este valiente y enérgico defensor del orden. Mi esperanza se ha convertido en certidumbre, y, sin embargo, renuncio al honor de defender al gendarme Nicolás Sautereau. Una palabra más elocuente, más autorizada que la mía, va á cubrirle con una impenetrable égida.

Y, presentando á Miguel Legrain, que se hallaba detrás de él, añadió:

—Ved á este hombre que hace ocho días ha entrado en la vida privada, se llama Miguel Legrain, y era sargento de gendarmes; él ha educado al joven Nicolás Sautereau, él le ha hecho el valeroso y leal soldado que conocéis, y sólo él puede deciros que su hijo adoptivo no es culpable.

Nicolás había visto llorar á Marieta: luego ésta lo sabía todo.

A la sazón podía hablar Miguel Legrain.

Las palabras del abogado y la inesperada presencia del anciano habían producido una sensación profunda.

El presidente se dirigió á Miguel Legrain.

—Sargento,—le dijo,—el Consejo os escucha.

Entonces Miguel Legrain se levantó.

Refirió la infancia de Nicolás, los deplorables ejemplos que había presenciado; hizo un cuadro conmovedor de la casa del cazador furtivo, donde había mártires y verdugos, ángeles y demonios. Los verdugos, los demonios, eran Martín *la Anguila* y sus tres hijos mayores; los ángeles, los mártires, la pobre madre ciega, que debía morir de dolor, la valerosa y honrada joven que se hallaba presente, pidiendo con lágrimas en los ojos la absolución de su hermano, de aquel niño heroico, que había socorrido al gendarme, á quien su padre había intentado asesinar.

Trazó el cuadro de la vida laboriosa de Nicolás, mozo de labranza, y leyó una carta que el joven soldado de Africa le había escrito desde Constantina.

Luego hubo de hablar del drama siniestro que había puesto fin á la existencia del cazador furtivo y abierto las puertas del presidio

al infame Martinillo, causa indudable de la nueva desgracia que afligía á su hermano.

Habló con voz preñada de lágrimas, y cuando el ingenuo soldado concluyó su elocuente defensa, los jueces, conmovidos, se retiraron á deliberar.

La multitud que asistía á los debates estaba recogida y silenciosa.

Nadie se atrevía á aplaudir, pero comprendíase que la causa de Nicolás estaba ganada.

Por fin, reapareció el Consejo, y el presidente se cubrió.

—Nicolás Sautereau,—dijo,—el Consejo de Guerra reconoce vuestra inocencia por unanimidad.

Oyéronse ruidosos aplausos.

El presidente impuso silencio y continuó:

—Gendarme Nicolás Sautereau, volved á vuestro puesto: el país y la ley cuentan con vos. El Consejo de Guerra os felicita por vuestro brillante comportamiento en la granja de Laneuville.

Nicolás se arrojó en brazos de su hermana y del viejo Miguel Legrain.

La multitud, que no había podido penetrar en la sala del Consejo, aullaba y pateaba á la puerta.

Nicolás fué llevado en triunfo.

Pero la proclamación de la inocencia del bravo gendarme no bastó á calmar la sobreexcitación pública, y la oleada popular, abandonando el Consejo de Guerra, se dirigió hacia el tribunal del Jurado, donde acababa de terminar la lectura del acta de acusación contra Juan *el Conejo* y sus cómplices.

XLII

El palacio de Justicia de Auxerre no tiene nada de imponente. En cambio, el aspecto de un tribunal del Jurado, en provincias, con sus tres magistrados con traje rojo, tiene algo de solemne que impresiona vivamente.

En el banco de los acusados estaban los arrendadores de la Fringale y el cazador furtivo Juan *el Conejo*.

El proceso del castrador de bueyes, cuya instrucción se había abandonado en otro tiempo, estaba á la sazón terminado, gracias á las revelaciones de *la Garduña*.

Cuando ésta supo que Juan *el Conejo* se hallaba complicado en aquella cuestión, tuvo la imprudencia de exclamar:

—Se equivocan: Juan no estaba allí. Yo sé como pasó el caso.

Interrogada á su vez y apremiada á preguntas, había acabado por hacer revelaciones completas.

Al llegar el día de los debates, *la Garduña* y el Leloup dieron el repugnante espectáculo del más completo desacuerdo, acusándose recíprocamente.

La Garduña repitió en la Audiencia lo que había dicho antes sobre el castrador de bueyes, cuyo trágico fin refirió sucintamente.

Juan *el Conejo* negó el asesinato del correo

y el del guarda campestre, y echó sobre el presidiario evadido toda la responsabilidad del crimen cometido en la Combette, retractando así su primera declaración, hecha en Laneuville.

El veredicto del Jurado fué terrible y justo.

El viejo Leloup y Juan *el Conejo* fueron condenados á la pena de muerte.

Admitiéronse circunstancias atenuantes para *la Garduña*, á quien se condenó á reclusión perpetua.

Los otros Leloup fueron condenados á trabajos forzados.

Siete ú ocho meses habían transcurrido desde los siniestros acontecimientos que acabamos de referir.

La justicia se había cumplido. El viejo Leloup y Juan *el Conejo* habían pagado su deuda á la sociedad. *La Garduña* estaba en la cárcel central de Melún.

El cantón de Laneuville había vuelto á la más absoluta tranquilidad.

La popularidad del gendarme Nicolás Sautereau había llegado á ser grande.

No era más que simple gendarme, pero el sargento no hubiera tomado jamás una determinación sin consultarle, y el juez de paz, cuando tenía necesidad de pedir auxilio á la fuerza, se dirigía con preferencia á él.

Así, pues, lo que él había parecido temer, estaba lejos de realizarse; no solamente se le perdonaba el tener por hermano á un miserable, tanto es el buen sentido del pueblo, sino que el elocuente relato del viejo Miguel Legrain había llegado á constituir una especie de leyenda popular que corría todo el Morván.

La bravura, y, sobre todo, la maravillosa sagacidad que Nicolás había desplegado para el arresto de los asesinos de la Fringale, eran citados de un extremo á otro de la pequeña Escocia y en toda la comarca de Auxerre.

Durante los siete meses que acababan de transcurrir, verdadero tiempo de paz, pues no se había cometido delito alguno, púdose apreciar el buen humor y el carácter dulce y servicial de Nicolás.

Los aldeanos á quienes alguna cuestión de interés ponía en desacuerdo, consultábanle de buen grado, y era raro que no zanjase sus diferencias á satisfacción de todos.

El sargento y el gendarme Martín estaban casados, pero Nicolás era todavía soltero.

Y las jóvenes de la comarca le encontraban guapo y bien plantado, diciéndose en voz baja que la que se casara con él sería probablemente una mujer muy feliz. El gendarme, defensor de la paz pública, está hecho para la vida de familia, y Nicolás comenzaba á advertir su aislamiento y á mirar con menos indiferencia á las lindas jóvenes de Laneuville, cuando recibió su traslado. Es cierto que su brillante conducta en la granja de la Fringale era, al fin, recompensada.

Con el traslado, recibió el nombramiento de sargento.

XLIII

Châteauneuf-sur-Loire es cabeza de cantón, y sus habitantes no tienen inconveniente en llamarla ciudad.

Un pabellón que se levanta en medio de un parque admirable es todo lo que queda del antiguo castillo de los duques de Penthièvre.

En la iglesia se ve la tumba del último marqués de Châteauneuf.

Las blancas casas se extienden coquetonamente hacia la mitad de una cuesta.

Abajo se halla el Loira, tranquilo y limitado por praderas que sombrean viejos álamos.

Más allá se extiende esa fértil comarca de dos leguas de anchura por unas quince de longitud, que se llama el Val.

Más allá del Val, la meseta; á la mitad de la cuesta, un pueblecillo de encantador aspecto: Sigloy.

En el Val, granjas bien cultivadas que el Loira cubre á veces de bienhechor limo.

Más lejos, la áspera y pobre comarca donde crecen mezquinos abetos y á donde sube la fiebre como una maléfica niebla.

Pero de esta parte del Loira y al rededor de Châteauneuf se ven viñas que el sol fecunda y que crecen vigorosas en un terreno quebradizo y pedregoso; y aquí y allá, en medio del viñado, levántase una blanca casita que parece albergue de la dicha y de la paz.

Tal es Châteauneuf visto desde las márgenes del Loira.

Si os remontáis hasta la iglesia, si pasando ante el castillo atravesáis el mercado, la naturaleza triste y melancólica vuelve á dominar en dos ó tres leguas.

Vastas llanuras, bosques de abetos, granjas aisladas: tal es el paisaje.

Es preciso llegar hasta las orillas del canal, cerca del bosque de Orleans, y atravesar el camino de Combreaux, para volver á encontrar praderas y álamos, casas de alegre aspecto, y aquí y allá, una aldea ó un caserío.

Una mañana del mes de octubre de 1854, dos caminantes, un joven y un viejo, llegaron, cada uno por un sendero diferente, al mismo punto, es decir, al camino departamental que une el pueblo de Fay-aux-Loges á la pequeña ciudad de Châteauneuf, á un metro bajo un pantano, en cuya margen se miran los techos de pizarra de una granja recién construída, bajo el mismo estilo y modelo que las de Beaunce y Brie.

El viejo había salido de esta granja y había ganado el camino apoyándose en su bastón, pues caminaba trabajosamente.

El joven acababa de aparecer en el lindero de un bosquecillo de abetos que limitaba la orilla derecha del camino.

Ambos hombres, venidos de puntos opuestos como si se hubieran dado una cita, se detuvieron á veinte pasos de distancia uno de otro.

El viejo volvió la cabeza con mal humor, y el joven se metió el gorro hasta los ojos.

Luego ambos siguieron andando á cada lado del camino, el uno á la derecha, el otro á la izquierda, mirándose de reojo y sin cambiar una palabra.

Eran las ocho de la mañana y el tiempo estaba hermoso.

El otoño en estas comarcas es muy suave.

El joven iba á buen paso.

El viejo se picó, y, apoyándose en su bastón, quiso ir tan de prisa como aquél.

dirigirse á la justicia para que se le reconozca su derecho?

Y los dos litigantes, sin dejar de gruñir, apresuraban el paso, pues aquel día lo era de audiencia en Châteauneuf.

—¡Cuando pienso,—exclamó de pronto el viejo,—en que llevas á tu padre á los tribunales!...

—No es culpa mía. Pero vos no queréis que nos arreglemos,—repuso el hijo.



El viejo había salido de esta granja y había ganado el camino apoyándose en su bastón...

Ambos vestían como aldeanos acomodados: blusa azul sobre una chaqueta de lana oscura, buenos zapatos claveteados, sombrero de fieltro negro y corbata de seda de varios colores. Durante un cuarto de legua anduvieron así paralelamente, dejando libre el centro del camino y pisando el césped que limita ambos lados de éste.

Cada cual mascullaba á media voz palabras malsonantes.

El viejo decía:

—¡En verdad que es una desdicha que los jóvenes tengan hoy tan poco respeto á sus padres! ¡Un muchacho á quien he criado con el sudor de mi frente y que me cita ante el juez de paz, como si yo fuese un ladrón!

El joven murmuraba:

—¿Es lícito, Dios mío, que un padre niegue á su hijo la legítima materna y le obligue á

—El tribunal nos arreglará... ¡Ya verás!... ¡Ya verás!—murmuró el viejo.

—Yo no reclamo más que mi derecho y no me lo pueden negar.

—Eso es lo que veremos.

—Sí: el tribunal no puede negarme lo que es mío.

—Y ¿qué es lo que reclamas al tribunal?

—Los bienes de mi madre. ¿Acaso podéis reténrmelos, estando mi madre muerta y habiéndolos vuelto á casar?

—Yo no te retendría nada si continuaras á mi lado...

—¡Y si yo no quiero!

—Es abominable pensar que voy á verme solo en una granja como la Tuilerie y que será preciso que me dirija á personas extrañas para hacer los trabajos, cuando tengo un hijo que podría ayudarme.

(Se continuará)

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA